

Lúcido, inexorable

Seudónimo: ***Aleutiana***

Mi verdadero nombre importa poco, aunque los de mi cordada me conocen y me referencian por Harlem. No, no soy negro, ni siquiera moreno porque no me he expuesto apenas al sol a lo largo de mis setenta y un años de existencia, resguardo que no me ha servido para evitar la epidermis manchada que se les pone a los ancianos. Hoy, tres de mayo del año del Señor, cualquiera sirva, me he decidido a ejercer de registrador escrito de una degradación que presiento inapelable y presagio acelerada. Lo que comencé atribuyendo al cansancio, a la edad, al tiempo, a mi tradicional hipocondría, se ha acabado por revelar repetitivo. Y aunque he procurado esconder los síntomas ante los míos, más propiamente ante el mío; imputarlo a cualquiera de las razones aludidas, aunque no he acudido a especialista alguno, sé que ha llegado para implantar en mí el reseteado implacable del olvido y la torpeza. Por eso escribo, por eso me escribo, para que quienes descubran en el futuro los trazos de mi teclado, secreto todavía, atisben la personalidad y la decadencia del hombre y músico que voy dejando de ser. Escribo, en definitiva, como si me pellizcara, para notarme.

Día 1

Suelo manifestar que quisiera haber nacido en New Orleans, o en Memphis, incluso en New York (me motiva escribir los nombre en inglés para parecer más cosmopolita), pero mi madre optó por parirme en San Esteban de Gormaz y mi padre por hacernos emigrar a Madrid en los míticos sesenta del siglo también del Señor y tuve que acogerme al solfeo, al conservatorio y también al autodidactismo para pasar de la audición a la acción. En casa, pese a sus orígenes obreros, mi padre escuchó jazz desde que disfruto del sentido del oído y mi naturaleza mimética lo adoptó primero como género de cabecera y, llegado a la bifurcación de decidir, a la música, al arte de transmutar sonidos en emociones, como medio de vida. Lo lúdico dejó paso a lo académico y terminé los estudios de piano y saxofón y los optimicé a través de la docencia. He militado en diversas formaciones musicales y he desabrochado algunas notas novedosas en mi recinto de componer, siempre con el jazz como hilo de cobre en lo creativo. Desde la modestia preclara de quien se sabe talentoso, más bien perseverante con los dedos, pero sin atisbo alguno de genialidad. De ordinario afirmo que he sido, que estoy dejando de ser en lo que a la música concierne, un excelente mediocre, en el resto de disciplinas no he llegado a tanto.

Si me he iniciado hoy en mi cuaderno de bitácora vivencial se debe a la constatación de mi propia disarmonía. Cuando enviudé de Magda, ya dos décadas atrás, retorné a mi útero geográfico sanestebeño y recalé en Soria en lo docente, yendo y viniendo a diario. Desde hace un par de años, también mi hijo y su divorcio se han instalado conmigo. No

duerme en casa todas las noches, pero pregunto poco sobre sus ausencias para evitar que me catalogue como entrometido y en particular como viejo. Me consta que trasiega entre Soria y Madrid. Mi soledad, mi ausencia de compromisos profesionales, sin nietos a los que mimar y mi cuarto insonorizado me permiten dedicarme al máximo exponente de mi fidelidad: la música, y desde que finalicé mi peregrinación docente, solo al jazz como drogadicción vitalista de un género que ha hecho de mí un tipo poco entregado a las mayorías.

Hoy he desafinado de más. Primero con el piano y de igual modo con el saxo, en el mismo fragmento, como si este estuviera poseído por algún magnetismo que atrae a los errores, por un virus oblicuo que excita mi desmemoria.

Ha sucedido pasajero, pero intenso... no ha sido como una semana atrás, o incluso tres, cuando me bailaba alguna nota suelta, pero volvía a recuperar su lectura ortodoxa al siguiente lapso. Lo de hoy ha sido sostenido, y perceptible, e incorregible pese a esa percepción. Cuando ha cesado, he recobrado la verticalidad armónica de la pieza, pero la incertidumbre sobre mis capacidades me ha hecho desistir de mi ritual antes de tiempo y he salido a obsequiarme con una cerveza, en la calle Mayor, como suelo, con alcohol esta vez.

Día 2

Se ha vuelto a repetir, en *Waltz for Debby*, una versión para piano. El desajuste, el que mi oído entendiese la desafeción de las notas y el que mi corteza auditiva no pudiese repararla, me ha hecho detener la interpretación y he golpeado el teclado cacofónicamente, con una violencia proporcional a la que se desprendía de mi enfado. Después, largo tiempo después, serenado y sobrio de emociones, he conseguido sobreponerme y las notas han vuelto a sonar ordenadas, pero desprovistas de ese sustrato que hace de esta pieza un revulsivo contra la incertidumbre.

Después de veinte años sin ti, te evoco cada día, Magda. No debiste haberte negado a la quimioterapia. Desesperanzarse constituye la primera avanzadilla de la muerte.

Con mi hijo ausente, hoy no he hablado con nadie, no me atrevo siquiera a hacerlo conmigo mismo y en voz alta, por si acaso mi voz también desentona y mi escepticismo acaba colapsando.

Suelo asomarme a la ventana y enfocar la vista hacia el castillo, me pacifica el saberlo de mi parte: romano, medieval, intemporal, topográfico...

Día 3

Mañana tengo ensayo con el grupo; en él me ocupo de hacer sonar el saxo con purismo. El instrumento se erige como una más de mis terminaciones sensitivas. Nos

llamamos Menjazz's y solo el clarinetista tiene menos de sesenta años, a los cuatro restantes ningún banco nos concedería una hipoteca. Transcurrimos como quinteto, con mayor o menor actividad, pero ininterrumpidamente desde hace diecinueve años. Justo al poco de mudarme coincidió que el azar había mancomunado tres adictos al jazz en San Esteban, y uno en el Burgo de Osma, el quinto en Soria. Nos solidificamos musicalmente al poco tiempo. Actuamos esporádicamente en algún local de Madrid con música en directo, en las fiestas de aquí y en algún festival de jazz como banda de relleno. Nos sabemos varios puntos por encima de la dignidad, pero somos conscientes de que, con un solo día a la semana de ensayo, condimentado además por lo social y lo gastronómico, nuestra cohesión y consideración pierden enteros en el índice del virtuosismo profesional. Ensayamos en un bajo relativamente insonorizado de la calle de las Cuestas. Fruto de nuestra mayoría sanestebeña, hemos establecido el campo base en el municipio.

Me estoy cuestionando si acudir o alegar cualquier impunidad médica. Sería la segunda vez en casi veinte años que dejo de asistir a un ensayo y despertaría sospechas, curiosidad, preguntas, negativas y balbuceos por mi parte, que quizá pudieran surgir no del todo motivados por la necesidad de resultar convincente. Hoy no voy a tocar. En su defecto consideraré tomar alguna cerveza graduada. Desconozco cuál será la cerveza epilodal de mi existencia y una 0,0 devaluaría mi histórico: de vida y de cervezas.

Día 4

Ha regresado Marco, mi hijo, tras ¿cinco, seis? días de inasistencia domiciliaria, procedente de una Ibiza justificada previamente que lo ha devuelto bronceado, oliendo a mujer furtiva en el reverso de sus ojos demasiado abiertos. Me ha preguntado que cómo voy, con desgana en el timbre, eludiendo caritativamente lo de "viejo" y mi réplica ha mostrado parecido laconismo aséptico, sin trasladarle ni mis comezones fisiológicas ni las psiquiátricas, ni la tristura que me instaura su distancia. Se ha vuelto casi otro, opaco de emociones familiares, solo protocolario, fugaz, desconocedor de todas mis nostalgias, del espesor de mis frustraciones.

He decidido que iré al ensayo-cena. Por eso escribo antes. Necesito enfrentarme a los demás, quizá el exceso de domicilio sea el desencadenante de la impericia ejecutoria y tocar en compañía me procure una sanación que mi pesimismo no permite entrever. En la sesión de la pasada semana me brincaron algunas notas esporádicas que los oídos sagaces de mis amigos de tarima recopilaron para sentenciar que Harlem había tenido una poco afortunada tarde-noche. Con más sorna que inquietud.

Iré, iré. Afrontaré en público mi disonancia y que ellos juzguen si debo pasar a mayores.

Día 6

Todavía no he solicitado cita con el neurólogo y no sé a qué o a quién estoy esperando si solo me tengo a mí mismo. El de anteaer, en su segunda mitad, resultó ser uno de esos días en los que el Creador deriva a enterrador y te inserta un clavo en el empeine para amarrarte al madero del sufrimiento que constatas, pero del que no puedes precisar su prolongación. Durante el ensayo, mientras aleteaba con un solo soñando ser John Coltrane, mi encefalograma musical quedo plano y no volvió a recuperar el ritmo sinusal de la navegación. Mis dedos detuvieron sus trayectorias mecanizadas –habré tocado esa pieza centenares de veces–, mis pulmones embarrancaron en la calma y un abotargamiento mental me hizo olvidar hasta mi nombre durante los momentos en los que mis camaradas de improvisación, al observar mi apagón, cesaron en la interpretación conjunta para de inmediato asaetarme con “qué te pasa”, “siéntate”, “bebe agua” para finalizar con “has recuperado el color”.

Y el ensayo concluyó ahí, conmigo retornando de un sopor ambiguo, recrudecido con respecto a mis episodios domésticos de menoscabo sensitivo. Y pese a que me esforcé en ratificar, reiterativamente “estoy bien, estoy bien ya” con las añadiduras “habrá sido un vahído” o “una bajada de tensión”, acechaban las doce y anunciaron disolución del encuentro hasta la cita venidera. No tenemos citas próximas, sintetizaron para hacerme sentir no culpable.

Hoy he recibido mensajes timbrados de interés de cada uno de mis colegas y mi capacidad de agradecimiento se ha sobrepuesto a mi desgano vital y los he respondido todos.

Parecerá lógico suponer que no he vuelto a empuñar el saxo, ni a sentarme frente al piano. En su sustitución he vegetado frente a la televisión, explorado mis síntomas por Internet y mis conclusiones, quizá inducidas por un fatalismo inconsolable, han confluído en un único término: Alzheimer.

Me he percibido dificultades en la articulación y fruto de este hormigueo en ambas comisuras de la boca, me he forzado a hablar en voz alta para comprobar si procedía de mis temores o era fruto de una manifestación fisiológica más que corroborase mi diagnóstico apocalíptico sin otro fundamento neurológico que situarme en el peor de los supuestos. No he sabido juzgarlas porque tampoco mi oído se me antoja preparado para distinguir mis controversias

–¿Todo bien, padre?

Esa frase ha supuesto todo el balance del intercambio comunicativo con Marco durante el día. Bien es cierto que apenas anduvo por casa.

¿Quién se ocupará de mi futuro? ¿Quién suplirá el cáncer de mi desmemoria con su atención?, me abstengo de formularme otras preguntas enunciadas en gris y de responderme a las reflejadas.

–Sí, sí, solo un poco más viejo cada día...

Y cuando mis lagrimales han optado por entontecerse, él volvía a no estar allí. El castillo sí.

Día 10

Me cuesta escribir, mis dedos se han entumecido y perdido compás también con el teclado menor que comunica mis ideas con mis palabras para que pierdan la menor pureza posible al pasarlas a limpio. Los barruntos sobre mi dicción han acabado resultando manifiestos. Hay momentos en que farfullo más que hablo. Uno de ellos coincidió con uno de los pocos intercambios de más diez palabras que anteayer sostuve con Marco.

Su “qué le pasa, padre”, surgió rebozado en una preocupación sorpresiva y entonces, solo entonces, comenzó a comprender que su padre, el viejo, estaba enfermo, descarnadamente enfermo. Lo ininteligible de un fragmento de mi conversación le hizo temer que pronto sería un ser dependiente y pese a que miró figuradamente en derredor para buscar refuerzos, solo se halló a él.

Mañana he concertado, de urgencia, cita con el neurólogo. En Soria. Me lo ha recomendado Bodo, el clarinetista, tampoco es su verdadero nombre. Dile que vas de mi parte, añadió, y me costó recuperar su auténtica filiación más allá del mote musical.

Anteayer también me sobrevino el primer episodio de visión borrosa o bifocal (no sabría cómo clasificarla) y, desde ese debut, me ha comenzado a doler la cabeza.

Ahora sé que no es Alzheimer lo que me ronda.

Cada día me permito la casi ya reminiscencia de acariciar el piano, con brevedad, como un aprendiz, tocando alguna pieza popular, espaciando las notas, sin incursiones en el jazz. Esas se las reservo al saxo. Los tres últimos días he viajado a Charlie Parker, cinco minutos, diez ayer, amagando las notas de *Lover man*, a medio pulmón porque las prestaciones ventilatorias han decaído hasta el umbral de la certeza de que la incapacidad se extiende aceleradamente por mi organismo. Si el de Kansas City retornara de su eterno universo de las drogas y escuchara mi versión, me retiraría de inmediato el

título de intérprete de jazz que me arrego.

–Estoy enfermo, Charlie –me defendería–, lo que escuchas no es lo que soy.

–Yo viví enfermo casi toda mi vida y no le fallé jamás al jazz. Si no puedes tocar como crees que sabes, quema los instrumentos, bájate incluso de la vida –replicó el mito desde su aura de muerto a destiempo.

Pero yo he nacido en Soria, le recuerdo cuando su epifanía deja de ser vívida, y no he sido diseñado para el suicidio, sino para sobrevivir a los inviernos crudos que se gestan en Urbión.

Y no, no es Alzheimer lo que me ronda.

Día 14

–Necesito pruebas de imagen. Mi presunción se ha visto desmentida no pocas veces por una resonancia. Le solicito una de urgencia y vuelve de inmediato con los resultados. Sin pedir cita.

Y pese a mi terquedad, mi determinación a aceptar lo que el Creador (fuera un dios tradicional o el Dios de Darwin), me tuviera destinado, no conseguí arrancarle a aquel neurólogo cauto que no recordó en primera instancia quién era Bodo, hecho que no me confortó, las dos palabras que habían sustituido a Alzheimer en mi diagnóstico personal. Otras palabras tuyas, literales estas, me acuden mientras escucho, envuelto en un dolor tenaz de cabeza, un amasijo de ruidos desde aquella cavidad forrada de magnetismo, helio y bobinas para convertir el sonido atroz en imagen nítida del interior de mi cráneo, donde se supone me habita el cerebro.

Para compensar mi ansiedad, la fisiológica y la que se deriva de mi seguro mal mayor tarareo mentalmente *So What* sin desafino y entiendo que el ADN del jazz se mantiene incorrupto en mis urdimbres.

¿Y si mi sintomatología respondiera a un mero conflicto psicosomático?

Una coyunda de martillos, serruchos, yunques y piedras despeñándose me tienen loco por pulsar el botón del pánico de la máquina de resonancia, pero resisto.

Marco aguarda afuera. Temía entrar en la consulta con un desconocido. Su aproximación está resultando ser lo único reparador.

Anteayer también fallé al ensayo.

Día 19

Vuelve a ser el día en el que confraternizo musicalmente con el resto de Menjazz's y aunque he portado el saxo conmigo, les advierto de entrada que no voy a poder tocarlo más allá de una pieza de cortesía.

Bodo ha elaborado la cena en el horno de la cocina anexa, lechazo, de la variedad ojalada, la autóctona. No hubiera podido despedirme mejor gastronómicamente. Este lechazo es un tributo sensorial a San Esteban.

–Porque a eso he venido, a despedirme –advierto–. Y no solo como integrante del grupo sino en todos los órdenes.

He traído una botella de champán, francés, y antes de que la extrañeza abrasiva del cuarteto adquiera umbrales de toxicidad y una vez servidas las copas solicito parlamentar. Seré breve, apostillo.

–Me han diagnosticado lo que me temía. Sin margen de error. Tumor cerebral. Inoperable. Expansivo. En grado 4...

El habla me surge dificultosa, hecho que minimiza la solemnidad del momento.

–El vahído de hace dos semanas no fue sino la contaminación de algunos millones de neuronas, dendritas, sinapsis, axones o de un todo revuelto. Como podéis escuchar, estoy versado en las intimidades del cerebro (necesito una pausa y el auditorio ni pestañea). Esta es mi última sesión de Menjazz's, espero que la dolencia me conceda la prórroga de interpretar con vosotros esta noche; había pensado que *Autumn Leaves*, como homenaje a mi idolatría jazzística hacia Miles, pero rectifico y me avengo a ensayar el repertorio completo hasta donde mis fuerzas me permitan.

Una salva de aplausos sincopados por la incredulidad corrobora la aquiescencia general a mi iniciativa.

–Dos meses como máximo –bombardeo–. Esto va a ir rápido, Julián, me confesó el neurólogo...

Todavía recuerdo que me llamo Julián.

–El viejo Harlem se muere y con él mis mitos jazzísticos que por su condición de tales resistirán incólumes en otras naturalezas sin ponzoña en las neuronas. El jazz debe continuar en San Esteban, quedáis cuatro. Sin lágrimas, por favor. Que no se diga que los músicos del género más grande de la historia somos unas nenazas lloronas...

Pero ni yo mismo puedo contener dos insubordinaciones salobres que se canalizan por cualquiera de mis múltiples arrugas sin delta final que las someta y sedimente. Tampoco mis camaradas de cuerdas, teclas, boquillas y fraseo, pueden esconder, pese a mi petición, la salinidad de sus ojos. Torpes ante lo imprevisto dudan sobre la fórmula de consuelo. Y es que dos meses, como máximo, se nos antojan muy pobres a los cinco para despedirse de la vida. A mí, sobremanera.

Ante la confusión general predominante, me dirijo al estuche donde dormita el saxo, lo extraigo, me dirijo a la tarima y con todo el brío pulmonar que me resiste, mermado por los

molares impenitentes del tumor, acometo la mencionada *Autumn Leaves* y de inmediato se moviliza mi cuarteto para hacer frente a ese milagro de coordinación, improvisación y esencia cuando el jazz se pone de parte del optimismo.

Y por primera vez en meses me siento evanescente, dotado de una de esas plenitudes efímeras que el pueblo llano alude como la mejoría de la muerte. Ejecuto a Miles con esa idealización a la que siempre aspiré.

Mis compatriotas de música lo advierten y ordenan callar a sus instrumentos.

¿Estaré muerto ya?

---o0o---

Papá, padre como yo lo aludía, falleció hace siete días.

El mismo día que confesó a sus colegas de ritmo la catástrofe cerebral que le rondaba, me despertó a su llegada y me espetó que se moría, que en dos meses colapsaría su división celular.

Acabó siendo menor el tiempo de supervivencia: cincuenta y dos días, a contar desde esa misma noche de confesión y vergüenza por mi desatención hacia su paternidad durante los 41 años transcurridos desde mi debut como primate evolucionado.

Y aunque a partir del día siguiente a la revelación me entregué íntegramente a su causa, no he conseguido compensar, pese a mi vaciado en asedarle la partida, los excedentes de amor paternal que él me entregó desde una discreción que creí desapego y que pretendía dejarme ser más que dejarme estar.

No voy a revelar las truculencias de su muerte. Solo que mencionaba a mamá a menudo, en su lucidez y en su delirio. Y que se obstinó en morir en su casa sanestebeña, rodeado de su piano, de su saxo, de sus partituras, de su castillo, de sus soportales, de su morfina...

En uno de sus postreros episodios de consciencia me donó las contraseñas de su ordenador portátil y el acceso que llevaba a ese diario que ya había descubierto que escribía en sus episodios de ventilación anímica, de paz muscular.

—Y aquí tienes la llave del tercer cajón de mi escritorio, ese que custodia mis oscuridades y mis brillos...

Aunque todavía le restaban seis días para despegar hacia la trastienda de las nubes, la voz le surgía del estrato más próximo a la última palada. No volvió a articular una sola sílaba, ni siquiera de queja, solo alguna onomatopeya de la sonrisa y un juego de ojos que denotaba gratitud sin asomo de reproches históricos.

Contraviniendo la costumbre del pueblo de asistir multitudinariamente a los funerales de sus vecinos, la ceremonia que sintetizó su vida la quise íntima. Y civil. Solo sus músicos, yo y una treintena de allegados, no todos de su época actual. Y como ambientación al recitado de mensajes de despedida, una selección de piezas que sus colegas jazzísticos escogieron en su nombre.

En contra de lo que pudiera parecer en un hombre de su ideología, quiso ser inhumado; no admitía volverse dos kilos y medio de cenizas subsumidas en el regolito de cualquier paraje, por muy soriano que fuera. Me lo trasladó en uno de los numerosos diálogos, más incluso de descubrimiento que de reencuentro, que sostuvimos a lo largo de esos cuarenta y seis días en los que me convertí en su aliado, en su único vástago, en su oxígeno emocional suplementario y viceversa.

–Me pago un seguro mortuario desde no recuerdo con precisión cuándo y quiero un ataúd, modesto pero ataúd, de pino...

Todavía maltrecho por su ausencia, no me he atrevido a prospectar ninguno de los secretos heredados, pero hoy, una semana después del cataclismo definitivo de su sangre me he abofeteado la resolución y he abierto primero el cajón blindado.

Lo compactaba un revoltijo de partituras firmadas por Harlem y como no conozco los entresijos de lo que imagino será jazz, sabedor de mi analfabetismo en la lectura de pentagramas he hecho venir a Bodo para que sea él quien las valore, las clasifique y escoja alguna para incorporar al repertorio de una banda que busca incorporar nuevo saxofonista sin que ninguno de los candidatos haya dado la talla hasta el momento, ni siquiera humana, pero ellos, los cuatro son conscientes de que andan buscando una quimera sustitutoria de Harlem.

Tras unos minutos de análisis silencioso, conmigo como testigo expectante, el clarinetista espeta con la convicción de los arrobados que...

–... tu padre era un hijodeputa, entendido como elogio cuando se escribe sin espacios, como epítome del ser superior que se refugiaba en él –precisó–. Y más después de muerto. Esto es muy bueno, condenadamente bueno, los otros chicos –dijo chicos– no lo van a creer...

Y como confío a ciegas en que mantendrán incólume la memoria de mi progenitor le cedo a Bodo todas las partituras, menos una que escojo al azar, para que hagan lo que estimen con su legado creativo.

Durante la tarde, todavía con el ánimo candente, me decido a profanar su diario y cuando estimaba que no me quedaban reservas acuosas que salinizar, he llegado a la anotación final, trece días antes de su muerte, cuando se oscureció definitivamente la

conexión entre sus neuronas y los nervios que activan las yemas de los dedos y reciclan las ideas en palabras.

Día 58

Premiso que será el último día de estancia, al dicesia me donima y no pudeo progresir. Oslo añadir que lo jemor de morirme eres tú, Marco, tu recuperación en mi pajase, el descubrimiento de que no oslo tegno un hijo, sino que lo tegno mojer de lo que mezerco. Garcias por tus atencionces y tus besos caundo creías que no podía perbicirlos...

Y ahí, en ese momento de desolación torrencial, es cuando me solidarizo con Bodo en su apreciación calificativa sobre mi padre mientras busco en Youtube *Autumn Leaves*, la versión sepia de Miles Davis y comienzo a mover los pies mientras indago en mi sonrisa para recuperarla. Abro la ventana y la silueta del castillo de un San Esteban de Gormaz en el que me siento más confortable cada día, se entromete también en mi nostalgia.